



© José Antonio Palomares
© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"
Diseño colección: Victoria Carpena
Imprime: Yecla-Grafic, s. l.
I.S.B.N: 978-84-933649-4-6
Dep. Legal: MU-57-2008





Las cifras mandan, Balboa




José Antonio Palomares







El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Concha López Díaz, presidenta; Anastasio Paredero Rodríguez, Lourdes Ortega Puche, y Martín Martí Hernández, secretario.





Desde el despacho del señor Jorgensen se podía ver la ciudad por completo, gracias a una ventana de cristal irrompible de cinco metros de largo por dos de alto. A los pies de la torre que el despacho de Jorgensen coronaba, un río de aerodeslizadores se afanaba como un enjambre tratando de atravesar la ciudad.



Era la primera vez que Balboa estaba en aquel despacho, y todo le impresionaba. Las vistas de la ciudad. La enorme mesa de madera natural, cuyo precio bien podía igualar el sueldo anual de Balboa. El pulido suelo de acero, reluciente como un cuchillo. El cómodo sillón en el que se agazapaba Jorgensen. La sobria silla donde estaba sentado él.

Se frotó la barbilla, nervioso, y se maldijo por demostrar su nerviosismo delante del vicepresidente Jorgensen. Pero no había peligro: Jorgensen hablaba con algún desconocido interlocutor a través de un proyector mental y estaba concentrado en la conversación.

En la descomunal mesa había muchos papeles de aspecto oficial y un portátil. Ningún detalle personal, excepto un pequeño emisor de hologramas que mostraba a una mujer, presumiblemente la señora Jorgensen, efectuando una y otra vez una secuencia en la que saludaba con la mano y se echaba a reír. El vicepresidente no debía tener hijos, o al menos no había ningún holograma de ellos.

El vicepresidente Jorgensen acompañaba su conversación con pequeños gestos de sus manos y palabras masculladas que Balboa no entendía. Era un hombre de cabello casi cano y rostro bronceado, de ojillos pequeños y crueles, operado al menos dos o tres veces, según podía deducirse por la firmeza de su piel. Balboa le observó a su placer mientras el vicepresidente seguía atendiendo su conversación privada, tratando de adivinar qué negocios estaba cerrando su superior, pero era imposible. Nada podía deducirse de los pequeños gestos con los que Jorgensen jalonaba su discurso.

Por fin colgó y permaneció unos instantes en silencio, mirando la ciudad a través de la ventana. Balboa le imitó discretamente, hasta que el gran hombre decidió empezar la conferencia, giró un poco en su silla y miró a los ojos a Balboa. Tosió y luego, cogiendo los papeles que estaban más arriba en la pila, comenzó a hablar. No pidió disculpas por haber hecho esperar a Balboa.

—Señor Balboa -dijo examinando los papeles, como si estuviera consultando su expediente y confirmara que se hallaba ante quien creía-. Lleva usted con nosotros siete años.

Hizo una pausa. A Balboa le resultó tan incómoda que tuvo que romperla:

—En efecto.

—Siete años -prosiguió el vicepresidente con un gesto de fastidio, como si las palabras de Balboa le hubiesen molestado infinitamente- en los que ha cumplido con su trabajo muy satisfactoriamente.

Esta vez Balboa eligió el silencio.

—¿Puede decirme cuál es su función en esta empresa, señor Balboa? -preguntó Jorgensen pillándole por sorpresa.

—Soy analista de procesos -titubeó Balboa-. Mi trabajo consiste en examinar todos los procesos de la empresa para

encontrar los errores de productividad y proponer mejoras en los procedimientos para alcanzar la máxima eficacia.

—Exacto -dijo satisfecho Jorgensen, como si Balboa hubiese respondido a una difícil pregunta en un examen-. Busca usted errores y los soluciona. Y eso hace que la empresa sea más eficaz. Veamos -continuó, y volvió a examinar los papeles; pero los ojillos vigilaban de refilón a Balboa, y éste se dio cuenta de que en realidad no necesitaba consultar los datos, que Jorgensen estaba representando una pantomima para él-, durante el primer año, la productividad aumentó gracias a usted un veintitrés por ciento. El año siguiente aumentó un dieciocho por ciento. El tercer año, un doce por ciento. El cuarto año tan sólo un cuatro por ciento, y desde entonces la empresa aumenta su eficacia en cifras que se mantienen entre el tres y el cinco por ciento. ¿Por qué?

—Bien, al principio hay muchos errores que corregir. Luego, según van perfeccionándose los procedimientos utilizados, hay menos margen para la mejora.

El vicepresidente Jorgensen asintió, como si Balboa le estuviese informando de algo que él desconocía. Salvo que era imposible que él no lo supiera antes, por supuesto.

—Las cifras mandan, Balboa -dijo Jorgensen dejando los papeles encima de la mesa con mucha suavidad-. Usted ha sido muy rentable para la compañía. Lo sigue siendo. Su sueldo es muy inferior a las ganancias que produce.

Jorgensen miró el holograma de su esposa, que reía. Balboa se preguntó qué habría hecho que la señora Jorgensen riese con tantas ganas cuando se grababa el holograma. ¿Una broma del vicepresidente Jorgensen? Lo dudaba. Le parecía que Jorgensen era un hombre sin ningún sentido del humor.

—Hace un año hicimos un pequeño experimento en la compañía, señor Balboa. Alquilamos el prototipo de un nuevo

ordenador llamado Augías y le encargamos que hiciese su mismo trabajo, señor Balboa, en una sección diferente de la compañía. Augías analiza los procedimientos, como usted, y propone soluciones para que le empresa alcance la máxima eficacia. En su sector Augías ha alcanzado un aumento de la eficacia del siete por ciento. Tres puntos por encima del suyo, señor Balboa.

Los ojos de Jorgensen eran como los de un reptil. Le miraba sin parpadear, esperando un síntoma de debilidad. Balboa tragó saliva y notó que se había puesto un poco pálido. Si eran síntomas de debilidad, lo sentía, pero no podía evitarlos.

—Las cifras mandan, señor Balboa. Augías es más eficaz que usted. Luego Augías debe hacer el trabajo por el bien de la empresa. Sometimos a Augías este pequeño dilema: ¿cómo podemos mejorar la productividad de su Departamento de Análisis? La respuesta de Augías fue que para mejorar la productividad había que despedirle a usted, señor Balboa. Nada personal. Datos puros y duros. Las cifras mandan, como le he dicho.

—¿Me está despidiendo? -dijo tratando de no perder la serenidad Balboa.

—Créame que sus esfuerzos son muy apreciados en la Compañía. Siete años no se olvidan fácilmente. Pero comprenderá que tenemos que hacer lo posible por mejorar la cuenta de resultados de la Compañía, y Augías nos ayudará a conseguirlo. Aunque su trabajo ha sido excelente. Pero sí, está usted despedido. Le recomiendo, no obstante, que piense en positivo. Tómeselo como unas vacaciones, unas merecidas vacaciones. Relájese, cargue sus baterías, reflexione, y luego vuelva al mercado laboral.

Balboa se sentía débil, mareado. Siete años trabajando para aquella compañía y ahora le despedían. ¡Siete años!

—No será difícil para usted encontrar trabajo de nuevo. No olvide que vivimos en plena bonanza económica. Hemos conseguido en nuestra sociedad el pleno empleo, y actualmente nadie se queda sin trabajo por mucho tiempo -lo decía como si fuera mérito personal suyo-. Encontrará empleo fácilmente, Balboa. Es más, le sugiero que después del descanso, cuando haya mejorado su capacidad laboral, nos solicite empleo. Quién sabe si para entonces no estaremos de nuevo en condiciones de aceptarle en nuestra gran familia.

Balboa se frotó la cabeza; aún le costaba aceptar lo que le estaba pasando. Siete años. Despedido.

—Ya sabe, Balboa. Lo siento. Las cifras mandan. Arregle los papeles en el Departamento de Administración. Que tenga suerte.

Estaba claro que la entrevista había terminado. Sólo una vez había estado en ese despacho desde el que se veía la ciudad entera. Y había sido para que le despidieran. Se levantó, saludó con la cabeza y salió de la habitación, mientras Jorgensen fingía examinar otros papeles. Lo último que vio fue el holograma de la señora Jorgensen diciendo adiós con la mano y echándose a reír, y le afectó como si le estuviera especialmente dedicado a él.

*

En todos los techos hay grietas, pero sólo reparamos en ellas cuando algo nos desvela y pasamos la noche dando vueltas en la cama, cuando en nuestro estómago se instala el cruel vacío y nuestra cabeza busca desesperadamente las razones de nuestro desasosiego. Entonces, mientras intentamos conciliar el



sueño, nos fijamos en la grieta que cruza el techo en zigzag.

La grieta del piso de Balboa es una finísima telaraña que parte cerca de la pared y se bifurca en tres, cuatro ramales, antes de desvanecerse a los cuarenta centímetros. Balboa mira la grieta y sigue su recorrido con la mirada una y otra vez. Nota cómo le escuecen los ojos de cansancio, pero no puede dormirse. Lleva tres días durmiendo espantosamente mal, apenas descansando un par de horas al día cuando su cuerpo se rinde y más que dormirse se desmaya. Piensa en su entrevista con el Hijoputa de Jorgensen, se ha acostumbrado a llamarle así, el Hijoputa de Jorgensen, piensa en todos los años que ha trabajado en la Compañía, piensa en Augías completando la tarea que él desempeñaba, trata de imaginar el aspecto de la máquina que le ha reemplazado, y mientras tanto recorre con la mirada el camino que sigue la telaraña del techo, la grieta que parece oscilar ante sus ojos derrotados.

A su lado en la cama Cristina hace un movimiento y su pierna se enrosca en la suya. Aún no le ha dicho nada. No se atreve. Todas las mañanas se levanta y finge que va al trabajo. Pasa horas caminando por la ciudad, o metido en bares, o dejando languidecer el tiempo hasta que es hora de volver a casa, y cuando ella le pregunta qué tal el trabajo él musita, sin mirarle a la cara, que muy bien, que como siempre. Aún no le ha dicho nada y sabe que tendrá que hacerlo tarde o temprano, que no puede ocultarlo y no hay necesidad de hacerlo, quedarse sin trabajo le pasa a cualquiera, no hay por qué sentirse avergonzado. Pero no puede. Se siente sucio, huele a fracaso, en su boca hay a todas horas un sabor acre que no puede eliminar en todo el día.

Cristina vuelve a moverse. Balboa examina la grieta del techo centímetro a centímetro, pensando en la cantidad de años que lleva sin ver telarañas de verdad. Ya no hay telarañas





en las casas. Las elimina el pequeño robot limpiador que rastrea incansablemente centímetro a centímetro del piso, explorando paredes y techos, adosado con sus ventosas en busca de la más mínima impureza. Incansable. Incansable como Augías en su búsqueda del procedimiento más eficaz posible, el que menos recursos desperdicie. Los pequeños robots limpiadores sustituyeron a las asistentes humanas, porque eran infalibles y más baratos a largo plazo.

Las cifras mandan.

*

Había programado el aerodeslizador en Conducción Mixta. Quería tener la sensación de que era él quien controlaba la máquina, pero al mismo tiempo permitir al ordenador de a bordo que interviniera si el tráfico obligaba a hacer una maniobra brusca que pusiera en peligro su vida. Balboa era un experto conductor. Disfrutaba de la sensación de tomar decisiones en medio del tráfico y comprobar cómo la máquina obedecía sus órdenes, le gustaba demostrar su pericia al volante. Pero sólo los locos que tenían poco apego a la vida se negaban a que el ordenador tomase el mando cuando su análisis descubría una situación de alto riesgo. Con la actual densidad de tráfico, nueve de cada diez conductores que no usaban ordenador se estrellaban antes de una hora, y el resultado final, habida cuenta de la velocidad que alcanzaban los aerodeslizadores, era la muerte. Demasiados parámetros para un hombre. Casi todo el mundo optaba por indicar las coordenadas de destino al aerodeslizador y esperar tranquilamente a que el ordenador manejase el vehículo hasta su destino,





pero algunos hombres como Balboa preferían tener la ilusión de que manejaban las riendas de su vida y conducían ellos mismos, hasta que el ordenador tomaba discretamente el mando y evitaba una colisión mortal con una ligera rectificación del volante que el conductor ni siquiera notaba.

Conducía por la ciudad sin destino fijo, mientras pensaba. A veces conducir un par de horas le ayudaba a relajarse o a tomar decisiones. Le había ocurrido en el pasado, cuando discutía con Cristina. Montaba en su aerodeslizador rojo y se perdía por la ciudad yendo por suburbios que no conocía, explorando nuevos caminos, mientras pensaba en ella y en sus discusiones, en sus amenazas, en sus exigencias. Comenzaba el viaje furioso, el chivato que controlaba sus pulsaciones ladrando, incapaz de concentrarse mientras el ordenador de a bordo corregía prácticamente todas sus acciones, y según iban desfilando los edificios, las calles, los sectores de la ciudad, su mente se iba haciendo más lúcida, su pulso no daba oportunidad al chivato de chillar, el ordenador de a bordo dejaba de intervenir en todo momento.

Y luego volvía a casa, y si no estaba todo arreglado, al menos había un camino a seguir para solucionarlo, le pedía disculpas a Cristina, o la abrazaba sin más demostrándole que la perdonaba o se sentaba junto a ella sin decir una palabra y dejaba pasar el tiempo mientras se enfriaba su cólera. Después de conducir todo se solucionaba.

Adelantó velozmente a un aerodeslizador azul. El dueño iba dormido y al pasarle Balboa sintió una punzada de nostalgia. Él ya era incapaz de dormir de esa manera, en paz, como un bebé.

Siete años en la Compañía. Jorgensen diciendo que estaban muy satisfechos de su trabajo. Cristina en la cama, dormida a su lado. Se le llenaron los ojos de lágrimas. El





ordenador desvió milimétricamente la trayectoria que marcaba el volante y evitaron un aerodeslizador pardo.

Pasó por un macizo de edificios abandonados. Balboa no sabía qué eran, tal vez vestigios de algún polígono industrial que había sido desmantelado. Paró el aerodeslizador en una calle desierta. Estaba mal iluminada, casi a oscuras. Sólo una farola temblaba junto a una nave llena de óxido. Se sentó bajo la luz, buscó un pitillo en su ropa, lo encendió y estuvo fumando, mirando las estrellas. Apenas se veían, pero las que podía distinguir formaban una telaraña, como la grieta del techo de su casa. Se imaginó que allá arriba había, infinitamente lejano, un techo con la misma grieta que la de su piso, y eso le produjo un consuelo extraño. En aquel momento Augías estaría analizando pautas de conducta de algún departamento de la compañía. Encendió un segundo cigarrillo, a pesar de que el hash acababa produciéndole dolor de cabeza. Pero le daba igual. Eso ya no le importaba. Estuvo allí, bajo la luz que tiritaba, hasta que terminó el cigarrillo, escudriñando su memoria en busca de detalles del trabajo.

Volvió a casa conduciendo maquinalmente, sin tomar riesgos ni imprimir el ritmo que tanto le gustaba, desconcentrado. El ordenador corregía el rumbo continuamente.

Después de conducir, todo se solucionaba.

Pero después de conducir, él seguía sin trabajo. Y Cristina seguía sin saberlo.

*



—¿Despedido? -preguntó Cristina. Para esconder el temblor de sus labios alzó la taza de té y fingió que tomaba un sorbo, dos sorbos, tres. Pero Balboa se dio cuenta de que no estaba tomando nada, que sólo trataba de ganar tiempo.

—Han encontrado un programa que hace mi mismo trabajo. Lo hace mejor, en realidad. Así que Jorgensen pensó que yo era innecesario.

No hacía falta decir que había sido Augías, su sucesor, quien lo había decido. Ya era bastante doloroso.

—Cariño... -empezó a decir Cristina.

Lo que más le apetecía a Balboa era ponerse a llorar.

—Ellos se lo pierden -dijo con suavidad Cristina-. Ellos se lo pierden. Encontrarás otro trabajo.

También a él le temblaban las manos.

—Eres muy bueno como analista, todo el mundo lo dice. Encontrarás otro trabajo y remontarás el vuelo. Estamos en un ciclo expansivo de la economía. Lo están diciendo a todas horas en los holos. Prácticamente hemos conseguido el pleno empleo...

—El pleno empleo, sí. Jorgensen dijo lo mismo.

El Hijoputa de Jorgensen.

—Tenía razón Jorgensen. Lo dicen en los holos -volvió Cristina a sorber de su taza, o a fingir que sorbía-. Te contratará cualquier otra empresa. No hay muchos analistas buenos.

—Habrà cada vez menos -dijo lúgubre Balboa-. Cada vez menos. Las otras empresas acabarán contratando a Augías o a sus clónicos. No puedo competir con él. Es capaz de analizar demasiadas pautas, maneja tantos datos que yo soy incapaz hasta de distinguirlos.

—Pero hay pleno empleo...

—No como analista, Cristina. Tal vez encuentre trabajo en alguna empresa, pero la historia volverá a repetirse muy

pronto. Estoy acabado.

—Vamos, vamos, ¿a qué viene esa manera tan trágica de verlo todo? No eres el primero que se queda sin trabajo.

Balboa cabeceaba. El té se enfriaba en su taza.

—Si no encuentras trabajo de analista, que lo encontrarás porque eres un analista estupendo, pero si no lo encontraras de analista, puedes trabajar en otra cosa. Estás muy capacitado. Todo el mundo sale de esto, le puede pasar a cualquiera, todos se recuperan. Nuestra sociedad ha conseguido alcanzar el pleno empleo.

Como una silenciosa alimaña, el pequeño robot limpiador apareció por la puerta de la cocina y sin hacer ruido fue barriendo el suelo. Balboa lo contempló con los ojos desorbitados, sin escuchar apenas lo que decía Cristina.

—Aquel amigo que tenías, el que se quedó sin empleo, el que gestionaba aquella dársena en el puerto, no me acuerdo de su nombre, ¿cuál era?

—Balaguer. Nicolás Balaguer.

—Balaguer, eso es. A él le costó, pero acabó consiguiendo un empleo, ¿no?

Balboa asintió sin mirarla. El robot limpiador se acercaba a la pata de la mesa, sus pequeñas ruedas cubiertas de tela girando enloquecidamente, eliminando el rastro mínimo que había dejado el desayuno.

—Él lo consiguió, tú también lo conseguirás. Su nuevo trabajo dependía de las Autoridades, ¿no? Las Autoridades no dejarán que el desempleo crezca, cariño. Ya sabes que el primer paso para lograr una economía expansiva como la nuestra es que todos confíen en el futuro, que todos seamos optimistas. Si crece el paro, no podremos ser optimistas. Por eso las Autoridades contratan a mucha gente.

—No quiero ser un desecho que vive gracias a la caridad



de las Autoridades, Cristina. Y tampoco quiero ser un instrumento para que el resto del mundo sea feliz. Yo quiero ser feliz yo.

—Claro, cariño -contestó Cristina-. A lo que me refería es a que tienes que confiar en el futuro. En el peor de los casos acabarán interviniendo las Autoridades. Mientras tanto, tómate un respiro. Piensa en esto como en unas vacaciones. Disfrútalas. Levántate a la hora que quieras, pasea por la ciudad, relájate. Habrá tiempo para buscar trabajo. Puedes hacer un viaje si quieres, visita la zona de los lagos. Ve a ver holofilmes, entretente. No pienses mucho en Jorgensen. Al final se verán obligados a readmitirte.

Cristina consultó el reloj y apuró el té.

—Tengo que irme a trabajar, cariño. Nos vemos después.

Le dio un beso. Sus labios estaban fríos. Se dio la vuelta y salió de la cocina y del piso, cerrando suavemente la puerta de la calle.

Balboa dejó pasar un minuto. Luego alzó su taza de té y la dejó caer al suelo. La cerámica se rompió en pedazos irregulares que se extendieron por toda la cocina. De inmediato, el robot limpiador detectó los restos y empezó a perseguirlos para hacerlos desaparecer. Balboa observó toda la operación atentamente, mientras los minutos pasaban con lentitud morosa.

*





Llevaba ya dos horas esperando cuando Jorgensen salió por fin del edificio. Le vio subirse las solapas del abrigo y empezar a caminar hacia el garaje. Habría sido sencillo acabar con todo en ese momento: el aerodeslizador en Conducción Manual, un acelerón brusco, los ojos de ciervo sorprendido de Jorgensen, el golpe seco contra el capó, los chasquidos de los huesos al romperse, el golpe sordo al caer a tierra, un acelerón más para huir, la torva satisfacción de la venganza.

No lo hizo, y observó cómo se alejaba el vicepresidente Jorgensen, se introducía en el garaje, cerraba la puerta.

Esperó.

Al poco apareció un aerodeslizador de gama alta. Comprado con mi trabajo, pensó Balboa, y el rictus de la boca se le crispó. No conducía Jorgensen, puesto que su atención estaba fija en examinar unos papeles: la conducción era automática, a velocidad moderada. Balboa le siguió a una prudente distancia, manteniendo un par de vehículos entre los dos. El aerodeslizador plateado de Jorgensen se dirigió a las afueras. Jorgensen vivía en el Gran Centro, en dirección contraria. Tras algunos minutos de viaje, el aerodeslizador aparcó frente a una gran casa individual. Balboa paró a gran distancia y sacó unos prismáticos. Jorgensen bajó del aerodeslizador y llamó al timbre. Le abrió una mujer y se besaron apasionadamente. No era la mujer del holograma de su despacho. Entraron en la casa y cerraron la puerta. Balboa bajó los prismáticos y se mordió el labio inferior, pensativo.

*



Un vértigo acometiendo desde dentro, como si le estuviesen dando la vuelta a un calcetín y el calcetín fuera su cuerpo. Le cuesta respirar, jadea, resolla. Los ojos con los párpados entornados, como una persiana a medio bajar. La lengua torpe. El vodka como una espada de fuego que recorre la garganta. Los pies flojos, resbaladizos, blandos. Como si los hubiesen untado con mantequilla. El corazón se acelera, la respiración se agita. Calor insoportable y viscoso. La música distorsionada de una vieja máquina, un éxito pop japonés de hace cuatro años. Los ojos húmedos, turbios, como cubiertos por una neblina.

Balboa tose.

Un hombre se acerca a él. Su aliento es una vaharada de alcohol, la boca desdentada, los ojos llorosos, balbucea, farfulla algo que Balboa no entiende. Luego se echa a llorar. Balboa le mira, ve sus hombros convulsos que se estremecen, y es incapaz de sentir la menor compasión por aquel borracho. Piensa que es un miserable por no sentir nada, y se obliga a colocar una mano en el hombro de aquel desdichado, solidaridad entre borrachos, y el hombre solloza inconsolablemente.

—Déjale, que no llora por nada. Es un cuentista que no quiere pagar.

El barman ha salido de su reino y coge del brazo al borracho, que se desase con violencia.

—¡Hijo de puta, cabrón, hijo de puta!

Un hilillo de saliva le cuelga de la barbilla. Balboa se fija en los ojos inyectados en sangre. El borracho está colgado de algo más que vodka. Tal vez lleve algún zip encima. El barman levanta las manos en señal de paz.

—Hijos de puta -grita el borracho, ciego, ya no sabe a quién, porque el barman se ha retirado de su alcance-, hijos de puta.

—Cállate o llamo a la policía, viejo de mierda.

El borracho calla, vuelve a llorar, camina sin rumbo por el local. Balboa apura su vodka, una nueva espada de fuego en la garganta tajando todo a su paso, le ve tropezar con un taburete, cómo trastabilla, recupera el difícil equilibrio de los borrachos, resbala de nuevo, cae al suelo con un golpe sordo, los ojos muy abiertos, la boca torcida en una mueca que deja ver los dientes negros y mellados.

Se ha desmayado. Balboa le mira. El barman le mira. El resto de los que beben le miran. Pero ninguno se acerca a él. Tal vez piden una nueva bebida. Suspiran. Cada uno tiene su propio problema que ahogar. La noche es joven.

*

El dolor era agudo, como si le estuvieran metiendo una aguja larga y finísima por un lado de la cabeza que atravesara su cráneo, el cerebro, y saliera por el conducto lagrimal en el ojo. La luz le hacía daño. El contacto con las sábanas le hacía daño. La suave música que emitían los altavoces para despertarle le hacía daño.

Se medio incorporó en la cama, guiñando los ojos. A su lado no estaba Cristina. Debía de haberse levantado hacía mucho. Cristina tenía que ir a trabajar, claro. Por eso se levantaba temprano, sin despertar a Balboa.

Fue al baño. Tenía el pie derecho dolorido, como si le hubiese caído la noche anterior un peso en él. Pero no recordaba que se hubiese hecho nada anoche. No recordaba gran cosa de la noche anterior, en realidad. El vodka. El borracho. El vodka, de nuevo, siempre presente, una sucesión

de vodkas y caras borrosas. Tampoco recordaba cuándo había vuelto a casa ni cómo.

Se metió en la ducha sin mirarse al espejo antes. Se sentía como una mierda. Programó la ducha a treinta y ocho grados y la puso en marcha. Como finísimas agujas, el agua se derramó sobre su cabeza. Gimió, se sujetó la cabeza con ambas manos mientras el chorro de agua a presión caía sobre su cabello, lo empapaba, resbalaba por su cuello mojando su cuerpo. Apoyó una mano en la mampara y dejó que el agua cayese incesante en su nuca, repiqueteando contra su cráneo. Le dolía y al mismo tiempo le aliviaba. Dejó pasar algunos minutos en esa posición, mientras el dolor se iba desmadejando. De vez en cuando alzaba la cara y dejaba que el agua masajeara su rostro, se introdujera en su boca abierta para disolver el mal sabor que había dejado el vodka durante la noche.

También el dolor del pie iba desapareciendo. Fue despertándose bajo el agua, desembarazándose de la niebla persistente del sueño. De pronto el chorreo del agua cesó.

—Ha llegado al límite de su cuota diaria de agua -dijo la voz impersonal de la computadora de la casa—. Si desea seguir usando agua deberá pagar el suplemento de precio, que en estos momentos es de diez veces su valor. ¿Acepta el suplemento?

—Acepto -dijo entre dientes Balboa.

—Respuesta no computada. ¿Acepta el suplemento?

—Acepto -repitió Balboa, tratando esta vez de articular cada sílaba para que la máquina reconociera la palabra.

—Respuesta aceptada.

El agua volvió a manar y sembrar de alfileretazos su cabeza. Resopló.

—Jabón -dijo.

La ducha incorporó una solución jabonosa al agua.

Restregó su cuero cabelludo para que formara espuma y lo aclaró de inmediato. Cerró los ojos y de nuevo se dejó acariciar la cara por el agua. De alguna manera sentía que el chorro infinito del agua cayendo suponía una especie de mínima purificación. Aunque él se seguía sintiendo sucio y el sabor a vodka seguía en su paladar, conviviendo con la vergüenza.

—Me alegra ver que estás vivo -dijo una voz de mujer.

Cristina. Y no estaba de buen humor. Abrió los ojos, pasó el dorso de la mano por los ojos para quitar los restos de jabón, suspiró. No cortó el agua, que seguía cayendo en cascada sobre su cuello.

—Buenos días, Cristina.

—¿Se puede saber dónde estabas anoche?

—Estuve... paseando por la ciudad.

—Por tu olor al volver, debiste dar un buen paseo por una refinería de vodka.

—Si ya sabes dónde estaba, ¿por qué preguntas?

Estaba enfocando mal la conversación, se daba cuenta, pero no podía evitarlo. Aún estaba cansado, aún podía rescatar entre sus encías el sabor a vodka y aún sentía la irritación del borracho rondando sus venas.

—Eres un idiota.

No contestó. El enfrentamiento con Cristina hacía que le latieran las sienas, aumentando el dolor de su cabeza. Además se sentía ridículo discutiendo bajo la ducha, con el agua resbalando por su cuerpo, le parecía una discusión irreal, como si estuviese siguiendo un mal guión de una de los holos de la tarde.

—Ayer llamó Laszlo -continuó Cristina-. Parece ser que intentó localizarte en el trabajo y le dijeron que no estabas, así que probó aquí. No le dije que estabas destruyendo tu hígado.

—Muy discreta, gracias.



—Tampoco le dije que te habían... -buscó una expresión que explicara lo que quería decir sin usar palabras desagradables, pero no la encontró y acabó rindiéndose- despedido. Dije que habías tomado un permiso.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en que me despidieran? No soy un leproso. No hay por qué sentir pena por mí, tú misma lo dijiste. Todo se va a arreglar, el pleno empleo y todas esas cosas, la vida es estupenda, todo es felicidad, tengo tanta suerte que no la agotaré jamás en la vida, que me echen del trabajo es lo mejor que me podía pasar.

El rostro desencajado de Cristina le hizo darse cuenta que había sobrepasado el límite.

—Quizá deberías dejar de sentir compasión por ti mismo -contestó enrabiada- y empezar a mover el culo para encontrar trabajo.

Salió del baño, enfadada, y cerró de un portazo. El dolor de cabeza continuaba, sin que la lluvia que caía de la ducha lo aliviase. Aún estuvo cinco minutos más bajo el chorro de agua, dejando que se escapase el tiempo, y la culpa.

*

Jorgensen miró a ambos lados de la calle antes de cruzar. Le abrió la puerta la misma mujer del otro día, y se besaron con igual pasión. Luego cerraron la puerta y Balboa dejó de verlos. Bostezó y dejó los prismáticos a un lado. Aquella labor de vigilancia no le llevaba a ningún lado. ¿Qué más daba si Jorgensen tenía un amante? ¿Qué iba a sacar Balboa de aquello? Seguramente no podía presentarse al vicepresidente y exigirle que le devolviera su empleo por mucho que le amena-



zara con contarle todo a su mujer. Volvió a enfocar la casa con los prismáticos. Aunque las cortinas estaban echadas, vio la doble silueta de Jorgensen y su amante recortarse contra la ventana, abrazados, besándose. Maldito Jorgensen. No sentía ningún remordimiento: había destrozado su vida y seguía comportándose como si tal cosa.

Se separaron y la silueta de la chica desapareció de la ventana. Sólo la figura del vicepresidente se distinguía ahora. Sintió un odio feroz crecerle desde la boca del estómago. Pensó en salir del aerodeslizador, llamar a aquella casa y, cuando abriera Jorgensen, propinarle un puñetazo, una patada, darle una paliza y humillarle delante de aquella mujer que era su amante. No se atrevía a hacerlo, sin embargo, sabía que no podría. Mantuvo la vista fija en la ventana, esperando ver de nuevo la silueta de la mujer. De pronto la cortina se abrió y Balboa se agazapó en el asiento del aerodeslizador, aunque estaba tan lejos de la casa que era imposible que le descubrieran. Jorgensen miró a la calle. Luego cerró la cortina. El cuerpo de Balboa se relajó. Se frotó los ojos y dejó los prismáticos en el asiento de al lado. Era absurdo permanecer allí. No iba a sacar nada en claro. Él no se atrevería a chantajear a Jorgensen. O a atropellarle para el caso. Lo mejor era volver a casa con Cristina.

De repente alguien dio dos golpes en la ventanilla de su aerodeslizador y Balboa pegó un respingo.

—¿Ocurre algo?

Era un policía, que le miraba ceñudo. Bajó la ventanilla, temblando. Confiaba en que el policía no viese los prismáticos.

—No, nada, estaba descansando un momento.

—¿Es usted de aquí?

Dudó si mentir o no. Pero si le decía que sí y el policía decidía comprobar su versión se vería en un grave apuro.

—No, no. Estoy de paso. Me apetecía estar un rato



quieto. He tenido un día difícil en el trabajo.

El policía le miró con gravedad. Titubeó unos segundos, hasta que acabó diciendo con voz suave.

—Este es un barrio muy tranquilo. Lleno de gente con mucha influencia. A la que no le gusta ser molestada. No sé si me explico.

—Sí, sí -contestó atropelladamente Balboa, pensando en Jorgensen abriendo la cortina. Tal vez Jorgensen había llamado a la Policía y sus palabras eran una velada amenaza.

—Estoy seguro de que no quiere problemas -dijo el policía en voz baja, mirando la casa donde estaban Jorgensen y su amante.

—No, no quiero problemas.

—Mejor.

Quedó callado. Balboa no sabía si estaba esperando a que se fuera o si el policía iba a decir algo más.

—¿Ya ha descansado?

Ahora estaba claro: le estaba invitando a irse.

—Sí, sí, desde luego. Buenas noches.

—Buenas noches.

Encendió el motor del aerodeslizador, que se levantó un metro en el aire, y se puso en movimiento. Dedicó una última mirada a la casa, en la que las dos siluetas, a lo lejos, volvían a besarse. Detrás de él, el policía le vigiló hasta que el aerodeslizador desapareció de su vista.

*



Había quemado todos su contactos. Primero tanteó a Atlas, la gran rival. Pero los puestos de analista de procesos estaban cubiertos y no había perspectivas de necesitar a nadie en algunos meses. Luego exploró las posibilidades en Ulises Corp, Toshiba, Indalo, Inditex, Bolbwrom, McCormick. Resultado negativo en todos los casos. Los departamentos de analistas de procesos estaban en franco retroceso, compuestos cada vez de menos gente, peor pagada, con más volumen de trabajo. En todos sitios le decían lo mismo:

-¿Aquí? Imposible. Llevo pidiendo un ayudante dos años.

-¿Y?

-Pues que dicen que no van a gastar más en el Departamento y que nos apañemos como podamos. ¿Es que quieres moverte?

-Sí -mentía Balboa-. Llevo ya mucho tiempo aquí. Me apetece un cambio.

-Pues no es el mejor momento. He hablado con un tipo que conozco en Qwerty y allí va todo fatal. Bueno, ¿a que no sabes a quién han despedido?

-No -susurraba-, ¿a quién?

-Al chino: Wong Fai.

-Hostias.

-Eso dije yo. Si echan al chino es que no hay nadie a salvo. Por suerte para él, no tendrá problemas en encontrar empleo. Lo que no sé es dónde, claro. Aquí no. ¿Cómo te van las cosas?

-Estupendamente, estupendamente -decía Balboa-. Tengo que dejarte. Mucho trabajo, ya sabes.

-Claro, no te preocupes. A ver si quedamos.

-Sí, a ver si quedamos.



Colgaban y Balboa notaba un lazo que se iba cerrando poco a poco en torno a su cuello.

*

¿Qué clase de nombre estúpido era Augías? Ahí fuera había un hombre buscando nombres absurdos para programas de ordenador. Prometeo, Ulises, Dédalo, Anne of Green Gables, Humpty Dumpty, Madame Bovary, Seldon, Holmes, Tati, Wasowski, Yamawabata, Pulgarcito. Nunca faltaban sistemas de simulación que se llamaban Señor Anderson. Programas de gestión llamados Maquiavelo. Robots masa modelo Heracles. Y un hombre estaba detrás de todos ellos. O varios hombres. El caso es que era un empleo seguro: siempre tenía que haber alguien que pusiera nombre a los programas que echaban a la gente de sus trabajos. Los vicepresidentes Jorgensen del mundo dependían de los que inventaban nombres para sus programas de gestión, porque aquello que no tenía nombre no existía. Ahí estaba el futuro. Inventar nombres gilipollas. Y ponerlo a productos para hijos de puta como Jorgensen. Nunca faltará trabajo, amigo, nunca.

Bajo el neón del bar, el rostro de Balboa lanzaba reflejos rojos cada vez que se inclinaba para llenar el vaso de un poco más de vodka.

*



El encargado de la Oficina de Empleo era un hombre joven, prematuramente calvo. Era raro que no hubiese recurrido a un implante de pelo, que se habían hecho habituales. La piel sonrosada que ocupaba gran parte de su cabeza le hacían parecer más viejo de lo que era, juzgó Balboa al ver su rostro terso, casi adolescente. O tal vez, se le ocurrió de pronto, y el pensamiento fue como una desagradable descarga eléctrica que le inquietó, no sabía por qué, quizá sí había acudido a la cirugía estética y en realidad no era un joven que perdía pelo precozmente, sino un viejo que se había restaurado la cara, estirando las arrugas que debían haber comenzado a aparecer.

—¿Me ha escuchado, señor Balboa?

Dio un respingo.

—Perdón, no le he oído.

El encargado de la Oficina de Empleo suspiró para dejar patente su malestar. Pegados a las sienes tenía dos nodos que le comunicaban con la computadora.

—Preguntaba cuántos años llevaba de analista.

—Pensaba que eso aparecía en mi historial -dijo sorprendido Balboa.

—Desde luego que sí -contestó el encargado, como si tuviera que explicarle cómo funcionaba el Universo a un niño de cinco años-. Pero necesito su confirmación.

—Siete años en mi última empresa, y otros siete en dos compañías anteriores.

—Es decir, catorce.

Balboa pensó que no era necesario contestar, y se entretuvo en observar cómo el funcionario entrecerraba los ojos y se concentraba para hacer fluir la información entre su mente y la computadora, moviendo casi imperceptiblemente los dedos de la mano, llevado por el instinto. Pero enseguida

pareció despertar el funcionario de su ligero duermevela.

—No hay muchos puestos de analista en el mercado. El sueldo suele ser demasiado alto y muchas empresas no tienen el volumen suficiente como para que compense la contratación de un analista.

—Las cifras mandan, ¿no? -dijo irónico Balboa.

—Sí, las cifras mandan -admitió el funcionario-. Pero no se preocupe. Al final todos acaban encontrando trabajo. Son tiempos estupendos para la economía -dijo, aunque su rostro grave, tal vez un poco inexpresivo a causa de la operación, pensó Balboa, desmentía su optimismo-. Hemos crecido casi un cinco por ciento este último año. Y seguimos teniendo pleno empleo. Pronto recibirá una oferta de trabajo. Estoy seguro.

—¿Y si no la recibo?

El funcionario juntó sus manos.

—La recibirá. Si pasa demasiado tiempo sin una oferta de trabajo, si empieza a ser preocupante -Balboa no le interrumpió para decirle que para él ya era preocupante-, entonces las Autoridades recurrirán a ofrecerle un trabajo que dependa de ellas. Siempre lo hacen. La Policía, tal vez, parece que últimamente están aumentando la plantilla. Demasiada delincuencia. Mucha más que antes. No sé en qué piensa la gente, vivimos mejor que nunca. Será la policía, ya digo, o algún servicio burocrático. Tal vez analista de la Administración, si es que existe el puesto. Lo que es seguro es que no dejarán que se quede en paro. Conmigo ocurrió así. Cinco meses sin hacer nada. Luego recibí la llamada para ocupar este puesto.

—No parece que haya mucha gente por aquí -dijo Balboa señalando con la cabeza la sala, que estaba prácticamente vacía: sólo dos empleados más, conectados a través de sus nodos a sendas computadoras.

—Oh, seguramente a usted no le llamarán aquí. No hay trabajo para nadie más. En realidad uno solo de nosotros podría encargarse de todo, con la ayuda de las máquinas. Antes hacía falta mucha gente para todo el papeleo, pero gracias a los nodos y las computadoras es muy fácil. No, no será aquí donde le recluten. Pero será en otro puesto del que dispongan las Autoridades. Usted tendrá trabajo, se mantendrá el pleno empleo, el optimismo seguirá imperando y nuestra economía continuará creciendo, creando así más puestos de trabajo y por tanto manteniendo la tasa de pleno empleo -tenía un tono de voz profesoral, como si lo hubiese repetido cientos de veces. Lo cual seguramente era así-. En cualquier caso, pronto surgirá un trabajo para usted.

—Y entonces usted me llamará.

—¿Yo? Oh, no, desde luego que no. El aviso es personalizado, lo recibirá a través del ordenador de su casa. Yo sólo veo una vez al parado, cuando comienzan nuestras gestiones, y aun esta vez podría ahorrármela. Dicen que es para verificar que el solicitante realmente existe y está sin trabajo, ¿pero quién iba a fingir que está sin trabajo? Nadie es tan tonto como para buscarse la ruina social a propósito. Nadie. En mi opinión no haría falta este primer paso. Claro que entonces yo perdería mi empleo.

Y rió con una risa sin humor, una carcajada corta y mecánica que parecía repetirse. Balboa reprimió un escalofrío y pensó que era una risa similar a la de una máquina. Tuvo el repentino pensamiento de que estaba ante una máquina, un androide, pero lo descartó de inmediato, porque la idea era absurda. Pero aunque se esforzó por sonreír para corresponder al funcionario, sus labios sólo fueron capaces de formar una mueca blanda que apenas se parecía a una sonrisa, como si también él se hubiera sometido a tantas operaciones que fuera



incapaz de dotar de expresión a su rostro.

*

Junto a su aerodeslizador, que descansaba como una gigantesca ave de presa, las líneas finas y agresivas del depredador, un hombre muy mal vestido fumaba hash, apoyado en el capó. La barba larga y mal cuidada, los dedos sucios, el rostro picado por recientes heridas, los labios agrietados que sujetaban indolentemente el cigarrillo de hash, los ojos a medio abrir que le hacían parecer un hombre astuto y taimado.

Balboa se acercó tambaleándose. El vodka giraba en su estómago y hacía moverse como un torbellino su cabeza, dificultándole los pasos, impidiéndole enfocar correctamente al vagabundo.

—¿Me das algo para comer? -dijo con voz rota el mendigo—. Por cuidarte el aerodeslizador.

En otros tiempos, Balboa lo recordaba bien a pesar de las trabas que interponía el alcohol, él hubiera ordenado al mendigo que se fuera al diablo, o tal vez le habría dicho que se buscara un trabajo. Y le habría empujado para apartarle, lo había hecho muchas veces, docenas, tal vez incluso en algún momento le había dicho esas palabras a aquel mismo vagabundo del cigarrillo de hash en la mano. Ya no podía hacerlo.

—Hermano, ¿no te sobrará un centavo?

El vodka trababa su lengua, entorpecía su voluntad. Movi6 la mano para decir que no, rode6 al viejo, intent6 abrir el aerodeslizador, sujet6 con la diestra al viejo y le impidi6 que se acercara.

—Cabr6n de mierda -farfull6 el mendigo, y como si





hubiera enloquecido cogió de las solapas a Balboa. Sus alientos se mezclaron, respiraron aire común. Luego el mendigo le dio un puñetazo en la boca. Balboa sintió el sabor a cobre en su paladar, el chispazo de dolor en el labio.

Se desplomó y al caer resbalando por la superficie del aerodeslizador se golpeó la cabeza. En el suelo, gimiendo, se hizo un ovillo.

—Hijoputa -gritó el mendigo, y le propinó una patada que alcanzó a Balboa en las costillas. Le dio un par de patadas más mientras jadeaba, exhausto. Luego, reuniendo el resto de sus fuerzas, le escupió.

Tendido, un hilillo de saliva cayendo de sus labios hasta el suelo, Balboa empezó a gemir lentamente, sin saber muy bien si era a causa del dolor, del alcohol o del señor Jorgensen.

*

Conoce en profundidad el recorrido de la grieta, como un explorador conoce los meandros del río que ha descubierto y examinado palmo a palmo, grabando en su memoria cada regato. Ha viajado durante horas por cada ramificación de la telaraña, ha doblado sus recodos una y otra vez mientras su mente vagaba por la ciudad, por su pasado, por sus esperanzas. Le duelen los ojos todas las noches, los nota inyectados, le laten las sienas, parpadea y siente que le arden los globos oculares.

Da vueltas en la cama, buscando la postura perfecta y mágica que le calme, pero no la encuentra. Sabe que horas después acabará durmiéndose, o desmayándose más bien, de puro agotamiento. Mientras llega ese momento vuelve a explorar la grieta, su mano agarrando la sábana como si desease





desgarrarla.

A su lado la respiración monótona de Cristina marca un ritmo pausado y monocrorde.

Le gusta sentirla tan cerca, un bulto caliente en la cama que parece ofrecerle un mudo consuelo, y a veces extiende su pie para que roce el pie tibio de Cristina. En mitad de la madrugada no hay nada semejante a la piel del ser amado para sentirse seguro y a salvo confortado. Pero se da cuenta de que la pierna de Cristina hace días que no se enrosca en las suyas, y Balboa siente en el pecho un peso frío que no sabe identificar, y vuelve a fijar su atención en la telaraña que, en el techo, se tuerce y se dobla sobre sí misma e inmutable traza su camino todas las noches.

*

En los holos de la mañana aparecían mujeres que buscaban la reconciliación con sus maridos, que clamaban por un poco de piedad. El presentador, un hombre canoso y retocado quirúrgicamente, les animaba a que explicaran por qué el público debía votar a favor de la vuelta del marido, y les alentaba a que expusieran con todos los detalles posibles los elementos más escabrosos de su relación. Las tres mujeres de cada programa obedecían y se esforzaban en recordar anécdotas que inclinasen los favores del público de su lado, pues sólo la que ganara de las tres conseguiría que su marido volviese con ella. Por eso muchas inventaban grotescas historias que les sirvieran para obtener más votos. A Balboa le dio por imaginar que Cristina iba a un programa de aquellos y se sometía al escrutinio público para recuperarle. Excepto que sospechaba



que era él el que debía acudir al programa, porque Cristina estaba cada vez más fría, y cada día eran más las horas extra que pasaba en la oficina.

Balboa llevaba casi cuatro horas conectado a los holos.

Sonó el intercomunicador, y lo cogió sin pensar. Era Laszlo, vestido tan pulcramente como siempre, y entonces Balboa se dio cuenta de su desaliño, puesto que aún no se había quitado el pijama.

—Soy Laszlo -dijo la imagen en 2D de su amigo.

No contestó, al principio, tan turbado estaba, imaginándose la sorpresa de Laszlo al verlo en su pantalla con el aspecto de un vagabundo.

—¿Hola? Soy Laszlo.

—Hola, Laszlo -dijo por fin. La garganta le rascaba como lija.

—Tienes mal aspecto. ¿Estás enfermo? -preguntó Laszlo preocupado. En su exquisita voz, mejorada mediante algún implante en las cuerdas vocales, se podía percibir algún matiz de ansiedad.

—Estoy... -titubeó Balboa, sin saber si decir la verdad—, bueno, sí, enfermo. Gripe.

—Tienes unas ojeras espantosas. O tu terminal ha acabado por rendirse. Te veo fatal, muchas interferencias. He encontrado una nueva pista de Prawn -continuó sin la menor transición—. En mejor estado. Allí los partidos serán más estables, creo. Llamé el otro día a tu oficina y me dijeron que ya no estabas allí. Cristina me ha dicho que te tomaste un permiso.

Balboa respiró hondo.

—No es verdad. Me han despedido -soltó de pronto. Laszlo no reaccionó al principio, como si no hubiera oído bien.

—¿Despedido? ¿Por qué?

Pasaba la mano por el mentón bien afeitado. Balboa se lo explicó en tan pocas palabras como pudo.

—Joder -musitó Laszlo. Sus ojos evitaban mirar la pantalla, como si tuviese miedo de lo que Balboa pudiese decir. Parece mentira. Tú, que estabas tan bien considerado... ¿No habrás hecho nada raro?

—Claro que no, ya te lo he dicho. Es una simple cuestión de costes. El programa es más eficiente y más barato que yo. Las cifras mandan, me dijeron.

Laszlo permaneció callado. Era obvio que calculaba las desventajas de permanecer al lado de Balboa, ahora que este era uno de los pocos hombres de la ciudad que estaba sin empleo y era, por tanto, sospechoso de alguna irregularidad o anomalía; porque en aquella sociedad de pleno empleo, el que no trabajaba era por algo muy raro.

—Acabarás encontrando trabajo -arrancó con esfuerzo Laszlo-. Hay pleno empleo, lo sabe todo el mundo. Yo no conozco a nadie en paro. Bueno, menos a ti -y en su voz modificada por los implantes en las cuerdas vocales Balboa pudo detectar cierta ansiedad. Aunque quizá eran imaginaciones suyas.

—Gracias por los ánimos -musitó Balboa.

—De nada. Bueno, tengo que dejarte. Tengo una reunión ahora mismo.

—¿Y el partido de Prawn? -dijo Balboa.

—Ya te llamaré -contestó Laszlo sin siquiera hacer el ademán de continuar la conversación.

La pantalla empezó a emitir la niebla gris de desconexión. Apretó el botón del intercomunicador para apagarlo. En el holo una mujer lloraba desconsoladamente, tratando de llamar la atención de los espectadores. Pero cuando la cámara realizó un zoom, todos pudieron ver que asomaba una sonrisa



en su boca, y que las lágrimas que rodaban por sus mejillas ni siquiera eran lágrimas de verdad.

*

Había empezado como un pinchazo entre las costillas, justo donde decían que se guardaba el alma, un pinchazo profundo y agudo que había empezado a latir, a evolucionar mediante pequeños matices, explorando un momento su brazo izquierdo, dejándolo aturdido, llenando de terror sus ojos. Se había conectado al MediServe que tenían en casa, cuyo diagnóstico era que no le pasaba nada. Pero el dolor era real, ascendía invencible como una náusea, y Balboa había decidido hacer una visita a un médico real.

Ahora, tumbado desnudo en una camilla, auscultado por el doctor, se sentía ridículo. Había dejado de dolerle hacía diez minutos, y el médico, un hombrecito más joven que él, con el cráneo rapado por el que le asomaban varios implantes, le había escuchado sin traslucir ni un solo gramo de compasión. El doctor completó el examen ayudándose de la sonda, sin pronunciar palabra.

—Necesita hacer más ejercicio -dijo al fin, dejando a un lado la consola—. Apenas llega al 27% de eficiencia muscular.

Balboa permaneció en silencio.

—Por lo demás no tiene nada -continuó el doctor, sin mirarle a los ojos. Balboa sospechó que estaba ocultando algo—. Está usted bastante sano.

—¿Y el dolor del pecho?

—Psicosomático, seguramente. En cualquier caso descartamos el infarto, que seguramente sea lo que más temíamos



-dijo el médico hablando de pronto en plural-. No hay indicios de sufrimiento cardíaco.

—Pero era un pinchazo en el corazón -insistió Balboa.

—Psicosomático. Un episodio de stress. Mi recomendación es que se tome todo con más tranquilidad. Más calma. Tómese unas vacaciones.

—Estoy sin empleo.

—Oh.

El médico se quedó callado. Miraba sus manos. Balboa también miraba las manos del doctor. Eran pequeñas, casi de mujer, delicadas y suaves, sin vello. Durante algunos segundos recorrieron juntos el perfil de las uñas, las arrugas de los dedos, las leves montañas que formaban los nudillos, las mínimas curvas de las venas.

—Imagino que ha empezado a buscar empleo -dijo en voz muy baja el médico, casi como si estuviese hablando consigo mismo.

—Sí. Sin éxito -contestó con la misma suavidad Balboa.

El médico había perdido interés en sus manos, y lo centraba ahora en su consola, a la que miraba con fijeza obsesiva.

—Probablemente sea eso. El drama de su... desempleo. ¿Puedo preguntar...?

—Me despidieron.

—Oh.

—Fui sustituido por un complejo programa de ordenador.

El médico se tocó los labios con el índice de su mano derecha, dejó pasar unos segundos, acarició su cráneo rasurado con la otra mano.

—Sin duda, sin duda. Eso debe haberle producido una gran frustración. Y desde luego se haya en el origen de su dolor.



Bien, la solución está clara. Consiga un empleo. No le será difícil. En la actualidad disfrutamos de una sociedad con pleno empleo. Nadie permanece demasiado tiempo sin trabajo hoy día. Las Autoridades no lo permitirían. Consiga un empleo y el dolor desaparecerá por completo.

Las Autoridades no lo permitirían, las cifras mandan, consiga un trabajo, las cifras mandan, una sociedad con pleno empleo.

Había empezado a dolerle de nuevo el pecho. Pero no le dijo nada al médico.

*

Paseaba con las manos en los bolsillos, como había visto en muchas películas cuando era niño. En su infancia, los héroes paseaban bajo la lluvia con las manos en los bolsillos de sus gabardinas y así purgaban sus culpas, reflexionaban ayudándose de la columna de humo que se alzaba de un cigarrillo eternamente encendido, se enfrentaban a su destino con entereza pero no tenían miedo de mostrar sus sentimientos, encajaban los golpes de la vida sin mover un músculo del rostro, estoicos y gloriosos. Ahora todo era más acelerado, los cigarrillos estaban prohibidos, los héroes no lloraban, nadie paseaba bajo la lluvia. A Balboa los conductores de aerodeslizador le miraban cuando pasaban a su lado como flechas, pensando que debía ser un vagabundo.

Callejeó, alejándose del tráfico de los deslizadores, buscando no sabía bien qué, deseando que comenzase a llover de una vez, preguntándose dónde podría encontrar a alguien que le vendiese un par de cigarrillos de hash para completar la





estampa, sintiendo una pena inmensa por sí mismo, maldiciendo entre dientes a Jorgensen, Augías, Laszlo, reteniendo las lágrimas al recordar el rostro de Cristina.

Su errático itinerario le llevó a un viejo cine que proyectaba películas en formato antiguo, sobre una pantalla. En un cartel que podía tener fácilmente treinta años, un hombre sujetaba por los hombros a una mujer. En segundo plano, grotescamente dibujados, los actores secundarios miraban ceñudos al espectador. Balboa recordaba haber visto aquella película hacía ya una eternidad. Apenas recordaba nada de ella, sólo imágenes sueltas que habían quedado misteriosamente grabadas en su memoria. El héroe disparando una antigualla, desde lo alto de una escalera. La mujer llorando en una cama, sus cabellos rozando los hombros desnudos. El adversario jugando apaciblemente a un juego de naipes. No recordaba si había escenas bajo la lluvia, cigarrillos, diálogos afilados que desentrañaran los secretos del universo.

No entró. Siguió caminando con las manos en los bolsillos, metiéndose en el dédalo que formaban las callejas de esa zona de la ciudad. Comenzó a llover suavemente, con delicadeza, los primeros picotazos de la lluvia golpeando su cabeza, recorriendo su frente. Como en las películas antiguas. Mi reino por un cigarrillo de hash.

*

“De un tiempo a esta parte las cosas han cambiado entre nosotros, no por lo de tu trabajo, por otras cosas. Necesito espacio. Y tiempo para pensar en nuestra relación. No puedo tener ninguna de las dos cosas estando contigo. Sé que



lo comprenderás. Cristina”.

Ni siquiera había dejado un mensaje grabado con su propia voz. Había tecleado el mensaje para que la computadora procesara el texto y lo emitiera con una voz sintética. No había besos en el mensaje ni lágrimas ni volveré ni un gramo de emoción siquiera que hubiese podido dejarse olvidado. El mensaje decía que no era por estar en el paro, pero Balboa sabía que no era verdad. Era por su desempleo. Tal vez también por su comportamiento al perder el trabajo, pero sobre todo por no tener empleo. Demasiados problemas. Un freno para la carrera de Cristina, un peso muerto. Era el momento de que la carrera de Cristina despegase. Mejor sola que mal acompañada. ¿Qué iban a pensar en el Laboratorio si supieran lo de Balboa? Nadie quería tener un contacto muy prolongado con los desempleados. Algunos decían que traía mala suerte. Habían pasado ya tres meses y no había noticias de la oficina de Empleo. ¿Qué podía esperar él? ¿Un puesto en la Administración, cedido por las Autoridades compasivamente, para que no hubiera pesimismo en las calles, para que la Economía siguiera funcionando como un reloj, siempre hacia arriba?

No quedaba ropa de Cristina en los armarios, no quedaban ya ni uno solo de sus aparatos, ya no estaban sus libros en los anaqueles. Se había llevado el frasco que guardaba su café favorito. Su colección de holofilmes. Los recuerdos del viaje por África. El reproductor de música. La consola. Su cámara de principios de siglo. Los cuadros de Folstein. Las habitaciones parecían desnudas sin los objetos de Cristina, como si se hubieran llevado el alma de la casa.

En cambio el holo de ellos dos juntos en el viaje a Nuevo Chicago aún estaba en el salón, reproduciendo su saludo a la cámara, diez años más jóvenes, optimistas, invencibles. Él moviendo la mano, ella sonriendo forzosamente,



tímida. Una pareja llena de futuro que estaba enamorada.

Sé que lo comprenderás. Claro que lo comprendía. Las cifras mandan, Balboa. Las cifras mandan.

*

¿Había crecido la grieta? Tal vez no, quizá sólo lo parecía. Desde el lado de la cama de Cristina, la grieta tenía una forma ligeramente distinta, era más parecida a una telaraña, los giros y contragiros eran posiblemente más abruptos. Balboa empezó a aprender de nuevo el itinerario que seguía la grieta, memorizando cada recodo. Guiñaba los ojos, sentía en el cuello la tibieza de la almohada que parecía arrullarle, su pierna se extendía en busca de una pierna que ya no estaría nunca más, en busca de calor, los pies helados, la mente turbia. ¿Dónde estás, Cristina, dónde estás?

La grieta crece noche tras noche, arañando cada milímetro al techo. Pero Balboa tiene tiempo de sobra para examinar minuciosamente cada curva y retenerla en su memoria antes de que el despiadado cansancio de cada día acabe por vencerle.

*

El programa consistía, esencialmente, en asistir a las humillaciones que dos desgraciados se infligían el uno al otro a cambio de la posibilidad de obtener un premio. Desnudo, el sujeto A tenía que cantar el último éxito de un grupo de pop





japonés mientras sobre él se derramaba un líquido compuesto de miel y vino. Boca abajo, el sujeto B tenía que orinar dirigiendo su chorro hacia su cabeza, de manera que el mínimo líquido posible cayese al suelo. De nuevo, el sujeto A tenía que flagelarse mientras recitaba una grosera versión de un poema de Emerson Wallace. Cuando le tocaba el turno, B tenía que abrir una puerta golpeándola brutalmente con la cabeza.

El presentador les animaba con grandes gritos, hacía comentarios divertidos que despertaban las carcajadas del público, dirigía las votaciones que daban la victoria en cada turno a uno de los dos contendientes, intervenía cuando uno de los dos trataba de estrangular al otro, daba paso a la publicidad y recomendaba él mismo la compra de un producto u otro.

Los espectadores, desde sus casas, asistían fascinados al horror, sobrecogidos de asco y al mismo tiempo incapaces de apartar la vista del proceso de degradación al que podían llegar dos infelices con tal de escapar de su vida. Sintiendo al mismo tiempo repugnancia y hechizados por los gritos de victoria de B cuando lograba que A vomitase, perdiendo los puntos de aquella prueba.

Balboa miraba el programa, sujeto a un vaso de café, despeinado y con legañas en los ojos, y se preguntaba cuánto podía estirarse la resistencia de un hombre para que al final estallase y se prestara a aquellos espectáculos, a someterse a todas aquellas bajezas. Podía empezar por el desempleo, supuso, ir acelerándose la desesperación, que acababa impregnando cada poro de su cuerpo, y al cabo, hastiado de todo, un hombre buscaría una salida cualquiera, una manera de huir de aquello, o tal vez lo plantearía como una catarsis, iría al concurso con el objeto de destruir a su adversario y sobrevivir, sin darse cuenta de que sobrevivir a aquel programa era tan degradante como





sucumbir a él. Quería cambiar de canal, de veras lo deseaba, pero no podía hasta que no viese la desintegración completa de aquellos dos hombres que planeaban agravios cada vez más crueles sabiendo que recibirían respuestas aún más acerbas. Y así pasaban los minutos, sin que Balboa despegase la vista de la pantalla, sin perderse uno solo de los comentarios del presentador, a veces sonriendo sin querer a causa de ellos, adentrándose en la dinámica del programa y finalmente, en un momento que le habría resultado perturbador si lo hubiese notado, Balboa se encontró deseando que ganara el sujeto B, que venciera uno de ellos, y se alegraba cuando ganaba en un parcial, el férreo apretón sobre el vaso se relajaba, y en cambio su derrota le provocaba una tensión en los músculos casi dolorosa.

Acabó el programa sin que ganara ninguno de los dos concursantes. El presentador recordó que para participar en el programa había que aportar cierta cantidad de dinero y mandar una solicitud. Balboa retuvo la información durante algunos segundos, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo y, temblando, apagar el holo, con la inquietante certeza de saber que al día siguiente volvería a buscar, misma hora, mismo canal, la confirmación de que aún había alguien que había caído más profundamente que él.

*

El fluorescente parpadeaba en el bar, zap, zap zap, y Camarasa guiñaba los ojos a su ritmo. Estaban los tres callados, Camarasa, Van Dine y Balboa, cada uno agarrado a su vaso como si fuera el vidrio el que les sostuviera, sin mirarse, como si no se conocieran de nada. A Van Dine le entró de pronto un



ataque de tos y entonces Camarasa le golpeó en la espalda, mientras Balboa sonreía.

Se había encontrado con ellos de casualidad y había insistido en que le acompañaran a tomar una cerveza. Ellos no tenían ninguna gana, se veía en sus ojos esquivos, en cómo buscaban una excusa que les liberase, pero tampoco tenían la fortaleza necesaria para negarse. Y le habían seguido hasta un bar cercano que Balboa conocía, se habían sentado junto a él y habían pedido dos cervezas mientras Balboa tomaba un vodka.

—¿Cómo van las cosas en la Compañía? -preguntó Balboa.

Se atropellaron los dos para hablar, contestaron a la vez con las mismas generalidades, como si el tema les incomodase. Pensó Balboa que si alguien tenía derecho para sentirse incómodo era él, no ellos.

—Bien, bien, como siempre, no hay muchos cambios, se te echa de menos.

Se le echaba de menos, pero nadie había llamado para ver cómo estaba. El vodka tenía un sabor amargo que se le pegaba al paladar, le escocía en la garganta, llevaba la humedad a sus ojos.

—La gente dice que es una injusticia -dijo de pronto Van Dine en su balbuceante castellano, como si lo hubiese estado pensando largo rato.

—Es verdad, es una injusticia -dijo Camarasa sin mirarle, fija la atención en la espuma de su cerveza.

Balboa no dijo nada.

—Augías ha echado a dos ingenieros. Parece que solapaban su trabajo con alguien del sector C -continuó Van Dine con esfuerzo. Hizo una pausa, mientras con su dedo índice jugaba con la humedad del vaso, dedo arriba y abajo



como si dibujara en el cristal-. Hemos mejorado dos puntos los resultados sobre el último trimestre.

—Es una buena noticia -dijo Balboa. Se arrepentía de haberles invitado al bar. Con Camarasa siempre se había llevado mal, no le caía simpático. A Van Dine apenas le conocía, era un belga extraño que nunca miraba de frente, como si temiera ofender a alguien.

Bebió un sorbo para no tener que decir nada. Camarasa y Van Dine hicieron lo mismo. Camarasa miró su reloj disimuladamente.

—¿Y tú, ya tienes algo en perspectiva? -preguntó Camarasa medio sonriendo.

—Más o menos -mintió Balboa-. Estoy considerando varias posibilidades. Hay un par de empresas interesadas, pero yo no tengo prisa. No quiero precipitarme.

—Nadie está demasiado tiempo sin trabajo en estos días -dijo Camarasa-. En tiempos de nuestros abuelos era distinto, el paro era muy alto.

—Tenemos mucha suerte -comentó Van Dine- de que haya pleno empleo. Da mucha tranquilidad.

El fluorescente parpadeaba, zap zap zap, y Camarasa guiñaba los ojos al mismo ritmo. Volvió a mirar el reloj, se le veía incómodo. Apuró la cerveza. Un robot limpiador fregoteaba en el suelo, zumbando suavemente. Van Dine comenzó a silbar.

—Bueno, yo tengo que irme -dijo de repente Camarasa, como si obedeciera a un impulso. Puso un billete sobre la mesa. Tengo cosas que hacer en casa. Me alegro de haberte visto, a ver si hacemos algo juntos.

Balboa no contestó. Camarasa se levantó como un resorte. Van Dine le imitó, la cerveza todavía a medias.

—Yo también me voy. Adiós, Balboa, nos vemos pron-



to, que tengas suerte.

Balboa volvía a notar el sabor amargo del vodka estrellándose contra su paladar.

—Salud a todos de mi parte -notaba la lengua como de estropajo-. Decídesles que estoy muy bien.

No se dio cuenta de en qué momento exacto se iban porque se quedó mirando el billete que Camarasa había puesto sobre la mesa. Iba humedeciéndose poco a poco, empapándose de cerveza y oscureciéndose. Calculó mentalmente. Con lo de ese billete había por lo menos para un vodka más. O casi. Con poner sólo unos centavos tendría para un vodka más. No tendría sentido que desperdiciase el resto de aquel billete.

El fluorescente parpadeaba, zap zap zap, y las manos de Balboa temblaban siguiendo su ritmo.

*

Un relámpago de dolor en la mejilla y de inmediato una gota roja que tiñe el agua del lavabo, primero densa y homogénea, luego perdiendo su solidez hasta que se deshilacha por una punta, en una pequeña espiral se deshace y pinta de un color rosado todo el agua.

En el espejo una fina línea de sangre que forma poco a poco una marca en su mejilla, a ambos lados la mano que sujeta la maquinilla, la mueca estúpida en la boca. Sus ojos encuentran ojos paralelos en el espejo, encima de las arrugas violáceas que hace algunos meses no estaban, y Balboa no sabe a cuál de los dos -él o su antagonista en el espejo- se le ocurre por vez primera la idea pero pronto surge la duda a ambos lados del espejo, mientras aclara la hoja de afeitar y nota el palpito doloroso de la herida, que parece latir con vida propia, y

durante algunos segundos, mientras sacude lentamente, lentamente, su mano para limpiar todo rastro de sangre en el objeto, la idea permanece ahí, presente, todo sería muy fácil, le susurra la sombra del espejo, y no sabe qué le detiene, tal vez el dolor que aún siente pero que desaparece poco a poco en su mejilla, todo sería muy fácil, repite la sombra, cada vez más débil, todo muy fácil, y en un segundo todo ha pasado, Balboa se limpia con el dorso de la mano la sangre del rostro, vuelve a empuñar la maquinilla, sigue afeitándose, huyendo desbocado de la idea como un aerodeslizador sin controles, repitiendo mecánicamente los movimientos rituales y antiguos, pasando la hoja, aclarando, volviendo a repasar, la idea ya tan lejana como la sangre en el agua, apenas perceptible y sin embargo allí permanece, aunque no la vea, allí permanece.

*

La puerta del ascensor se estaba cerrando y Balboa empezó a correr para llegar antes que terminara de cerrarse. Dentro del ascensor, el vecino de la puerta de al lado le miraba sin mover un músculo. Ahora el vecino apretaría el botón para que la puerta se abriese, él entraría y hablarían un rato de algún tema trivial, como hacían siempre, el tiempo, el administrador del edificio, la mascota del vecino del cuarto. El vecino no apretó el botón y las puertas siguieron acercándose la una a la otra. Le miraba a los ojos, pero no hacía ningún gesto de reconocerle. De pronto el desaliento alcanzó a Balboa y entorpeció sus pasos. La puerta del ascensor se cerró. Balboa tuvo que apoyarse en la pared.

*

No había aerodeslizadores en el Nuevo Barrio Rojo: la gente iba a pie, internándose en los meandros que formaban las calles, al azar o en busca de algo concreto que sólo podía encontrarse allí. Mercachifles que vendían objetos robados, trileros que apostaban su vida a la mejor de tres cartas, vagabundos que pedían una limosna para sobrevivir hasta el nuevo amanecer, profetas que declamaban en cada esquina, policías de paisano que vigilaban cada movimiento, transeúntes que vagaban y prostitutas, prostitutas por todas partes, arrastradas y exquisitas, en cada recodo, en cada callejón, exhibiéndose y tratando de llamar la atención de los que caminaban entre las sombras como Balboa.

No sabía por qué estaba en el Nuevo Barrio Rojo. Había cogido el aerodeslizador para dar una vuelta y fatigar su insomnio, y se había encontrado en sus cercanías casi sin darse cuenta. Entonces había bajado y se había adentrado en las calles mal iluminadas que formaban el Nuevo Barrio Rojo, perdiéndose en sus recovecos, temiendo no encontrar la salida cuando deseara volver a casa. El Nuevo Barrio Rojo era un mundo que no existía para los holos, pero que de alguna manera las Autoridades consentían, que vigilaban y controlaban de una manera difusa pero efectiva.

Balboa dejó las calles más transitadas y se introdujo en el laberinto interior del Nuevo Barrio Rojo. Sólo de vez en cuando se cruzaba con alguien, gente que estaba tan perdida como él o truhanes que le miraban con ojos codiciosos. Alguna vez oyó el eco de unos pasos que le seguían y echó a correr para que no le alcanzaran. Vagabundeo hasta que el cansancio hizo mella y volvió a las calles más concurridas, donde la corriente le protegía. Cada vez le costaba más dar un paso. Dobló una esquina y allí estaba ella, junto a un portal, hermosísima, fumando un cigarrillo de hash, tiritando de frío, esperando a los



clientes. No se podía decir que estuviera desnuda. Tampoco que estuviera vestida.

Se parecía un poco a Cristina.

Se acercó a ella, titubeó, pasó de largo, intentó no mirarla.

—¿No vas a querer nada? -dijo ella. Tenía la voz ronca, en nada parecida a la de Cristina.

Se detuvo. Esperó un segundo, dos, tres segundos. Luego se dio la vuelta, volvió a acercarse a ella. De alguna manera sus movimientos se hicieron furtivos. Ella le observaba con una sonrisa desvaída y dio otra calada a su cigarrillo.

—¿Te sientes solo? -preguntó, mirándole a los ojos.

—Sí.

—No tienes por qué estarlo.

Balboa la contempló a su gusto. Era muy hermosa. Tal vez retocada un poco en el rostro, desde luego en el pecho. Piernas bonitas. A unos metros parpadeaba una farola, sumergía su cuerpo en la sombra y luego lo resucitaba con la luz. Balboa dudaba.

—Vamos a pasar un buen rato -dijo la mujer, ofreciéndole el cigarrillo de hash. Balboa lo aceptó. Dio una calada y lo devolvió.

—¿Cuánto?

—Veinte lo básico y luego depende de lo que quieras.

—De acuerdo.

A ella se le escapó una sonrisa que la hizo parecerse más a Cristina.

Oyó gritos, a lo lejos. Dos mujeres se revolcaban por el suelo, luchando como fieras. Aullaban, se golpeaban. Balboa las miraba espantado.

—¿Qué les pasa?

Ella se encogió de hombros.



—Pelean por el territorio, seguramente. Una de ellas habrá intentado quitarle la esquina a la otra.

—¿Pero por qué pelear? ¿Qué más da una esquina que otra?

Le miró como si fuera un niño, con un punto de pena.

—Es importante. Tratan de defender su trabajo. Eso es todo. Si una se deja arrebatar su sitio pierde clientes. Y si pierdes clientes no comes. Así de sencillo. Vámonos.

Tiró de su brazo, tratando de meterle en el portal. Balboa aún miraba a las dos putas pelearse, rodando por el suelo. Un corrillo de gente se había congregado para observarlas, animaban a una o a otra, cruzaban apuestas. Entró en el portal, siguiendo a la mujer. Le estaba esperando.

—No son muy listas. Da igual quién gane, de todas maneras también habrá perdido. Estas peleas dejan secuelas. O tienes dinero para operaciones o pierdes clientes.

—¿Tú no tienes esos problemas?

—¿Cómo no voy a tenerlos? Pero me apaño.

Subieron por unas escaleras desgastadas y sin limpiar desde hacía semanas. La mujer iba delante, Balboa detrás mirándole el culo. De pronto se daba cuenta de que no sentía ningún deseo por aquella mujer. Las dos putas peleándose por la esquina le habían deprimido. La mujer sacó una tarjeta y abrió la puerta.

Pasaron. El piso tenía una sola habitación, con una cama grande y un lavabo junto a la pared. La mujer se sentó en la cama. Desmadejado, Balboa se sentó junto a ella, las manos cruzadas sobre el regazo.

—Túmbate.

Obedeció. Eficientemente, la mujer le desnudó y se sentó a horcadas sobre él. Enseguida estaba moviéndose rítmicamente, aunque con una cadencia un tanto mecánica.

Balboa era incapaz de concentrarse. No se sentía excitado, no entendía qué le había llevado a subir a aquella mínima habitación. Pensó en las dos putas en la calle, que tal vez aún estarían peleando a vida o muerte por poder ejercer un trabajo tan miserable como aquel, y sintió pena por ellas pero sobre todo por sí mismo. Dejó vagar la vista y acabó fijándose en una grieta en el techo. La comparó mentalmente con la de casa; ésta era más larga, más profunda, se ramificaba en más brazos. La chica se movía casi como un autómata, con una precisión escalofriante, economizando en cada movimiento. De repente Balboa se acordó de los pies tibios de Cristina enroscándose en sus piernas y sintió una opresión en el pecho.

Se medio incorporó, interrumpiendo el vaivén de la prostituta.

-¿Besas? -preguntó.

-Diez más -contestó de inmediato ella.

Balboa asintió. De inmediato, ella se inclinó y sus labios acariciaron su rostro, su lengua rastreó cada centímetro. Balboa cerró los ojos, le corría un escalofrío arriba y abajo, empezó a jadear, casi obligándose a hacerlo, porque aún no era suficiente, empezaba a temer que nunca sería suficiente.

-¿Cómo te llamas? -susurró.

-Nicole.

-No, el nombre de verdad.

Ella, Nicole, sonrió.

-¿Cómo quieres que me llame?

-Quiero que me digas tu nombre de verdad.

-Mi nombre no está en venta -dijo ella parando de moverse, casi con tristeza-. Me pertenece. Es lo único que me pertenece.

La tristeza de la chica se extendió por toda la estancia, impregnando cada minúsculo rincón. Por primera vez Balboa

se sintió implicado, alzó la mano, rozó con su dorso el pómulo derecho de la chica, trató de consolarla, tuvo ganas de besarla.

—Da igual entonces. Está bien Nicole.

Pero ella no comenzaba de nuevo a moverse, parecía más frágil, como si hubiera quebrado el difícil equilibrio y se hubiera demostrado que no eran más que dos desconocidos que estaban realizando una transacción comercial, nada más que eso, un acto a cambio de un dinero acordado, y todo lo demás era un engaño, los besos una manera de encubrir la sordidez de la operación. En los ojos de la chica asomaron unas lágrimas. Por la cabeza de Balboa volvió a aparecer la imagen de las dos putas luchando en la calle, y se dio cuenta de que Nicole estaba manteniendo su propia pelea para sobrevivir y conservar su trabajo.

—Por diez más soy quien quieras, respondo al nombre que quieras -y había algo desesperado en su expresión, como un animal que avienta el peligro.

Y finalmente Balboa se rindió.

—Cristina.

Nicole, Cristina, ella, sonrió.

*

La pantalla mostraba una niebla infinita formada por miles de puntos negros, blancos y grises. Derramada por completo, una botella de vodka giraba lentamente en el suelo. Balboa tenía la barbilla apoyada en el pecho, la boca entreabierta, un hilo de saliva en caída libre.

*

El intercomunicador de la puerta zumbó con rabia, seis, siete veces, a intervalos regulares. Balboa palmoteó para apagar el proyector de holos, sorprendido, embotado por el vodka. ¿Quién podía ser a esas horas? Fue tambaleándose hacia la puerta, acariciándose la barba de tres días, y conectó la cámara. En la pequeña pantalla apareció el rostro de un hombre cuyo aspecto le resultaba familiar, pero que no podía identificar por el momento, un hombre de aspecto rudo, el cráneo rapado como el médico que le había atendido por el dolor del pecho, un hombre rudo que silbaba despreocupadamente, aun sabiendo, como debía saber, que le estaban examinando.

Apagó la pantalla y abrió. El hombre dejó de silbar y sonrió. No dijo nada durante algunos segundos, mientras Balboa le miraba, con la sensación de que conocía a aquel hombre vestido por completo de negro.

—Balboa -dijo el hombre, su voz una especie de graznido, y entonces lo reconoció.

—Balaguer -dijo aliviado-. Balaguer. Hace muchísimo tiempo.

Sintió como si se le aflojase algo, una opresión en la nuca que se aliviaba, se le escapó una sonrisa frágil, titubeó, le tembló la mano incomprensiblemente, pasó la lengua por los labios secos ansiosamente.

—Mucho tiempo -asintió Balaguer-. ¿Puedo pasar?

—Claro, claro.

Se hizo a un lado y Balaguer entró en la casa. Le llevó al salón y le mostró un sofá donde sentarse. Balaguer permaneció dos segundos de pie antes de aceptar su invitación, mientras examinaba la estancia con aire crítico. De pronto Balboa fue consciente de su desaliño, del aspecto desastrado del salón, del alcohol que nublabla un poco su vista. Tumbado, las tripas fuera, el robot limpiador permanecía inmóvil a un par de

metros de distancia, donde Balboa lo había dejado tras destrozarlo con un hierro.

-Se me ha estropeado el robot limpiador -dijo a modo de excusa ante la mirada inquisitiva de Balaguer, que contempló incrédulo los restos de la máquina-. No han venido aún a repararlo.

Se sentó también en él, en un sillón enfrente de Balaguer. Estaba extrañamente nervioso, como un niño, aunque los efectos del alcohol se iban disipando.

-Cuánto tiempo ha pasado, Dios mío. Casi no te reconozco. Tienes buen aspecto.

Balaguer le miró con rostro grave.

-Gracias -contestó, y no dijo nada más, no repitió el cumplido. A Balboa se le hizo dolorosamente consciente su aspecto, la barba de tres o cuatro días que le ensuciaba la cara, los ojos hinchados y enrojecidos, los labios cortados, la piel áspera.

-Cuánto tiempo ha pasado -repitió Balboa.

-Desde que me quedé sin empleo -dijo el otro, como si estuviera recordando una afrenta. Le miró fijamente, sin parpadear. Balboa aguantó la mirada como pudo.

-Fueron tiempos difíciles, difíciles. Hace mucho tiempo. Yo mismo... Sin duda fue difícil para todos, quedarse sin trabajo no es cosa agradable. Perdimos el contacto -dijo atropelladamente-. ¿Tomas un café?

Balaguer asintió y Balboa pudo ir a la cocina. Le dolía la cabeza. Programó la máquina de café para que hiciera dos cafés y mientras esperaba sacó un cigarrillo de hash, lo encendió y le dio dos rápidas caladas. Tenía que calmarse, comportarse como si no ocurriese nada. ¿Pero qué hacía allí aquel viejo amigo, Balaguer, después de tantos años? ¿Sabría que estaba sin trabajo? Sin duda. Estas cosas no podían suceder por casuali-

dad. Balaguer trabajaba ahora para las Autoridades, había dicho Cristina, hace tanto tiempo de aquello que apenas se acordaba. Tal vez le iba a ofrecer un trabajo. No podía ser casualidad.

La máquina le avisó de que había terminado. Balboa aplastó el resto del cigarrillo y lo tiró al fregadero. Llevó los dos cafés al salón. Balaguer estaba inclinado sobre el robot limpiador, examinándolo, pero cuando Balboa entró se levantó sin comentar nada y volvió al sofá.

—¿Dónde está Cristina? -preguntó tras dar un sorbo al café.

—No está aquí. Se ha... ido. Una especie de vacaciones. Necesita un poco de espacio.

Balaguer asintió, la sonrisa le salió amarga.

—Lo entiendo perfectamente. A mí me pasó lo mismo. Perdí mi trabajo y de pronto todo el mundo tenía cosas mejores que hacer, proyectos importantes. Los compañeros de trabajo, por ejemplo. Siempre había excusas. Cuando pierdes el trabajo te conviertes también en un apestado social -en la voz de Balaguer había un rencor antiguo que olía a húmedo, una rabia primaria que se filtraba a través de sus palabras, colándose entre los dientes-. Porque en esta sociedad de pleno empleo el que no tiene trabajo es prácticamente un enfermo. Algo raro hay en él, piensa la gente, algo extraño si no consigue un trabajo. Tal vez es un parásito, se dicen. Los vecinos te evitan. Por qué mezclarse con un desecho. Los amigos dejan de llamarte.

Balboa evitó sus ojos glaucos, se concentró en su café. La garganta empezaba a picarle, a endurecerse, le dolía por momentos.

—Y tú te vas hundiendo en la ciénaga. Lo sé bien, lo sé bien. Marga también se fue de vacaciones. No he vuelto a verla.

Así que lo sabía. Que Balboa se había quedado sin

empleo. Que estaba aislado en su apartamento. Que Cristina se había ido y no volvería jamás. ¿Cuánto más sabía Balaguer? ¿Qué hacía allí? Trabajaba para las Autoridades. Tal vez le iba a ofrecer un empleo por cuenta de las Autoridades. Para conservar el Pleno Empleo, la ilusión del pleno empleo.

Ambos apuraron su café. Balboa dejó la taza en la mesa. Balaguer la conservó en las manos.

—Tú acabaste consiguiendo trabajo. Para las Autoridades.

—Sí -dijo Balaguer mirando su taza vacía, concentrándose en el cerco oscuro que había dejado el café-. No es un gran trabajo. Ni siquiera es muy agradable. Pero era un empleo y yo estaba desesperado.

—Claro.

—En esos momentos te aferras a lo que sea. No hay trabajo indigno.

Balboa pensó en las putas rodando abrazadas en el Barrio Rojo, luchando por su miserable trabajo como si estuviesen endemoniadas.

—Y ahora los vecinos vuelven a mirarme a los ojos.

Se quedó callado y Balboa se preguntó por qué estaba dando tantos rodeos. Si iba a ofrecerle un empleo de las Autoridades, ¿a qué venía aquella historia? A menos que el trabajo fuera tan malo que Balaguer estuviera recordándole la alternativa: lo que estaba viviendo Balboa en ese momento.

—¿Te has preguntado -dijo de pronto Balaguer, sobresaltando a Balboa- cómo es posible que mantengamos el ritmo de crecimiento económico de los últimos veinticinco años?

—Hemos incrementado la productividad.

—¿Cómo?

—De la manera que se hace siempre. Mejorando la eficiencia de los procesos, reduciendo costes.

—Y manteniendo el optimismo.

—Manteniendo el optimismo en que las cosas van bien, sí. Si hay expectativas de beneficio las compañías siguen invirtiendo. Si son buenos tiempos el público sigue consumiendo.

—Exacto -dijo Balguer. Dejó la taza en la mesa, al lado de la de Balboa, con mucha delicadeza-. Todo se basa en que las cosas vayan bien y que la gente piense que van a seguir yendo bien. Y en eso forma parte fundamental el pleno empleo. Porque, ¿cómo va a pensar la gente que las cosas van a salir bien si están en el paro?

La pregunta quedó flotando inquietantemente en el aire, como si fuera una siniestra alimaña que les estuviera acechando.

—Mírate a ti mismo. ¿En qué te pareces al hombre que eras? Al hombre que yo conocí. En nada. Eres un desecho, como decía antes. Un pobre hombre. ¿Cómo vas a mirar el futuro con confianza?

Sus palabras eran como latigazos en la cara de Balboa.

—¿Cómo va a pensar la gente que el futuro es prometededor al verte a ti? No invitas al optimismo. Deprimes a la gente, y la gente deprimida no consume, y si no hay consumo no hay beneficio y hay que recortar gastos, lo sabes bien, y lo mejor para recortar gastos es aligerar el peso de la compañía. Y eso produce más gente como tú, gente sin empleo que se deja llevar por el pesimismo y arrastra en su caída al resto.

Echaba de menos el vodka. ¿Dónde había dejado la botella de vodka?

—Mejorando la eficiencia. Reduciendo costes-continuó Balguer-. Manteniendo el optimismo. Pero esto son cosas en el fondo contradictorias. Porque cuando reduces costes no puedes mantener el optimismo. Hay que buscar una salida.

—Un nuevo empleo -murmuró Balboa.

—Las Autoridades se ocupan de todo. Buscan una alternativa para los desempleados. Algunos encuentran trabajo sin muchos problemas. Pero otros no, cada vez más ocurre que no encuentran empleo. No es fácil, no. Estamos muy cerca de la máxima eficiencia. ¿Por qué contratar a un empleado más cuando no puede mejorar los resultados, sino que sólo los empeorará? Y pasa el tiempo y siguen sin encontrar trabajo, sus condiciones de vida se deterioran, son abandonados por los demás, los vecinos prefieren no cruzarse con ellos o no tratarles, su familia empieza a distanciarse. Entonces han de intervenir las Autoridades.

—Ofrecen un empleo, un empleo inexistente -aventuró Balboa, recordando al hombre de la oficina de Empleo, haciendo un trabajo que podía hacer perfectamente una máquina.

—A veces ofrecen un empleo, sí. Algunas veces -dijo Balaguer levantándose-. Pero no pueden dar un trabajo a todo el mundo, Balboa. No sería rentable. ¿De dónde saldría todo el dinero? -su voz se había hecho fría, casi mecánica- Echa cuentas. Cada vez se necesita menos gente, confiamos en computadoras, en máquinas, apuramos cada centésima de beneficio en busca de la perfección -se había acercado al robot limpiador roto y lo señalaba-. Mira este robot limpiador. Su trabajo podría ser realizado por una persona. Por ti mismo. ¿Por qué no lo haces tú?

—Él es más eficiente.

—Él está destruido -contestó de inmediato Balaguer con una voz seca, las palabras latiéndole en las sienas-. Si por mí fuera los destruiría a todos. Así no faltaría trabajo para nadie.

—¿Eres un revolucionario? ¿Un ludista? -dijo tiritando Balboa. ¿Dónde había dejado el vodka?

—¿Cómo voy a serlo? Trabajo para las Autoridades.

—¿Me vas a ofrecer a un empleo, Balaguer?

Balaguer le miró con tristeza.

—No podría hacerlo, Balboa, no. Lo cierto es que no existe empleo para todos. Es así de claro. Las Autoridades no pueden ofrecerlo. Las cifras mandan, Balboa.

De nuevo un temblor arrollándole, enturbiando su mirada.

—Y sin embargo las Autoridades tienen que solucionar el problema, porque de no ser así todo el sistema se colapsaría. ¿Qué crees que pueden hacer las Autoridades, Balboa, para eliminar el problema?

—¿No vas a ofrecerme un empleo?

—No hay empleos para todos -dijo suavemente Balaguer, cada una de sus palabras teñida de tristeza-. Así que hay que ajustar la población. Así lo llaman. Ajustar la población. Quiere decir que todo el que no consiga un trabajo debe ser eliminado. Para mantener la ilusión del pleno empleo.

Balboa miró a su antiguo amigo; no bromeaba.

—Necesito un vodka.

—No lo necesitas.

Balaguer había sacado de un bolsillo un láser y le apuntaba con él al pecho.

—¿Qué haces? ¿Estás loco?

—Es mi trabajo, Balboa -el cañón no dejaba de apuntarle, la mano no le temblaba, sus ojos lanzaban destellos azules, la comisura de los labios estaba húmeda-. Ya te he dicho que a veces las Autoridades ofrecen empleos. No muchos. Y algunos no son agradables. Pero es un trabajo. La alternativa es peor.

Balboa se fijó por vez primera en el brillo fanático de la mirada de Balaguer. Pensó que estaba loco. Que tenía que hacerle hablar para ganar tiempo, impedir que disparara.

—¿Quieres un vodka? Vamos a hablar. Te prepararé un café. Baja el láser.

—No te esfuerces, Balboa. No es nada personal. No eres más que uno más en la lista de hoy -miró su reloj de pulsera durante un instante, y cuando volvió a conceder su atención a Balboa, éste pensó que había desaprovechado la oportunidad de lanzarse contra él para desarmarle-. Aunque en realidad sí eres algo distinto. Por eso te lo explico todo: porque eras mi amigo. Mereces una explicación.

—Tranquilízate -dijo alzando las manos, respirando con dificultad. Notaba la garganta seca como lija-. No seas loco. Ese plan que dices es imposible. ¿Cómo van las Autoridades a asesinar a tanta gente sin levantar sospechas? Se propagaría el caos, sería un escándalo.

—Eres un infeliz. ¿Quién se fija en los desempleados? ¿Cuánta gente sin empleo conoces? ¿Quién se va a acordar de ti? Ni siquiera Cristina. Te olvidará, intentará no pensar en ti, y tal vez algún día cuando se acuerde pensará que has rehecho tu vida. Habrá encontrado algún trabajo, se dirá. Le irá bien. Y se acercará a su nuevo hombre y le besará en el cabello y tú ya no estarás en su mente. Cuando los parados desaparecen no levantan sospechas. Normalmente no se fijan: ya no te veían nunca, jamás se cruzaban contigo. Si acaso pensarán que te has ido. Cuando vean en los holos que las Autoridades proclaman orgullosas un nuevo mes con pleno empleo dirán: ese pobre diablo debe de haber encontrado trabajo, hace mucho que no se le ve. Pero no tratarán de contactar contigo, porque de alguna manera piensan que traes mala suerte. Sólo que tú ya estarás muerto.

—¿Cómo no van a tratar de encontrarme? Es absurdo.

—¿Cuántos años hacía que no me veías, Balboa?

Era eso. Rencor. Porque él le había evitado cuando se había quedado sin trabajo, no le había llamado, le había huido, había cortado los lazos, y aunque sabía que había encontrado

algo no había intentado contactar. O tal vez todo era cierto. En cualquier caso estaba en peligro de muerte. Loco o empleado, la intención de Balaguer era matarle.

—Cuando llegó mi turno me ofrecieron este puesto. Ajustar población. Está mal pagado, veo cosas asquerosas, es un mal trago, no te lo niego. Pero trabajo. Tengo un empleo y lo mantendré. Porque alguien tiene que hacer el trabajo sucio.

Balboa empezó a llorar, se dejó caer de rodillas, suplicó clemencia.

—Yo era tu amigo, déjame vivir, tiene que haber una salida.

—No la hay, Balboa.

—¿Es que vas a matarme como a un perro? Déjame escapar. Nadie sabrá nada. Me perderé por ahí, todo el mundo pensará que me he ido, las Autoridades que tú me has eliminado.

Durante un segundo creyó que funcionaría. Luego Balaguer cabeceó con pena.




—No puedo arriesgarme a que me descubran. No querrás que me quede sin trabajo, Balboa. Lo siento.

Disparó y Balboa sintió una quemadura en el pecho, una flojera repentina, un cansancio infinito. Cayó al suelo y antes de tocar con su cabeza el acero había muerto. Balaguer lo miró en silencio. Aún le impresionaban los ojos de los cadáveres. Guardó su arma, se arrodilló y cerró sus ojos. Luego fue a la cocina, buscó la botella de vodka y se sirvió un vaso, que apuró de un trago. Se limpió la boca con el dorso de la mano, buscó el dinero en efectivo que le correspondía y lo cogió. Cuando hubo terminado, dejó que entrara en la casa una cuadrilla formada por una docena de robots limpiadores. Los robots empezaron a purificar cada habitación, destruyendo al tiempo todo resto personal de Balboa. Mientras les miraba,



Balaguer recogió del suelo el pequeño robot limpiador destruido y lo guardó, tal vez como recuerdo.





Este libro se terminó de imprimir en
el 18 de Enero de 2008,
festividad de Santa Faustina,
en los talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO

